

crítico está formado por algunos modos de concebir la conciencia que el autor sostiene inadecuados. La exigencia de renovación, en cambio, urge a una formación seria y profunda de la conciencia.

Melina presenta la crisis examinando dos *concepciones insuficientes de la conciencia moral*: la llamada «conciencia autónoma», característica de las corrientes subjetivistas modernas y la conciencia entendida como pura aplicación de la ley, propia del planteamiento «manualístico» tradicional. Frente a esta doble insuficiencia se señalan a continuación valiosas sugerencias y perspectivas de trabajo teológico y pastoral trazadas desde los mismos *presupuestos de una conciencia «formable»*. En un tercer y último momento, el autor expone la «forma» de la conciencia moral cristiana en relación a Cristo, al Espíritu Santo y a la Iglesia. No falta tampoco una referencia a la tarea pastoral del sacerdote como formador de la conciencia.

Conviene subrayar finalmente el esfuerzo didáctico del autor. El texto no sólo introduce eficazmente en una problemática compleja, sino que ofrece referencias críticas y bibliográficas enjundiosas y actuales.

M. P. RÍO

Gonzalo GIRONÉS, *Cristología*, Siftel (Servicio de Informática de la Facultad de Teología de Valencia), Valencia 1993, 357 pp.

La producción teológica del prof. Gironés es abundante y conocida. He aquí sus principales títulos: *Humanidad salvada y salvadora* (Valencia 1969 y 1987); *Uno de nosotros es Hijo de Dios* (Valencia 1971); *Jesucristo* (Valencia 1973); *La divina Arqueología* (Valencia 1991). En el tiempo, estas publicaciones abarcan un arco de casi veinticinco años; en su aspecto de trabajo científico, estas publicaciones se centran en un amplio campo de la dogmática que va desde la mariología hasta la cristología y el tratamiento de las cuestiones sobre la Trinidad. Precisamente esta última obra, dedicada a la Trinidad, —*La divina Arqueología*— puede ser considerada como el punto de partida inmediato de esta *Cristología*.

Este libro, leemos en el prólogo, «es a la vez, un manual, un tratado de cristología y la parte cristológica de una deseada dogmática» (p. 9). El Autor llega incluso a ofrecernos un esquema en el que recoge lo que considera el posible plan de esta dogmática (pp. 23-24). Por nuestra parte, centraremos nuestra descripción y nuestros comentarios en los dos aspectos señalados en primer lugar: en lo que la presente obra tiene de manual en

el que se recoge la experiencia docente de más de veinticinco años y en lo que tiene de tratado escrito en plena madurez y en el que se saben conjugar la continuidad con la tradición teológica y la fidelidad a la enseñanza recibida con la exposición de los propios puntos de vista y con la aportación más estrictamente personal.

En la *Cristología* de Gironés destaca, en primer lugar, la claridad en el esquema seguido y la sobriedad con que se tratan las cuestiones. A esto hay que añadir el amplio vocabulario —más de cincuenta páginas— que se incluye al final del libro y en el que se recogen los términos de conceptos susceptibles de una tematización teórica. La síntesis doctrinal que constituye todo manual viene enriquecida por la compañía de este diccionario analítico que ofrece el lector la oportunidad en todo momento de saber con precisión qué está diciendo el Autor.

El libro está dividido en dos grandes secciones: *Cristología previa u ontológica* (pp. 31-124) y *Cristología propia o soteriología* (pp. 125-282). La *Cristología ontológica*, a su vez, está dividida en tres grandes apartados: I. *Los lugares bíblicos*, II, *La historia del dogma* III, *La reflexión teológica*.

El A. advierte en estos primeros temas que no está intentando hacer *Cristología bíblica*, sino que sólo pretende presentar los principales puntos de apoyo bíblicos en que se han fundado la tradición dogmática y la tradición teológica. Distribuye su estudio en cuatro grandes apartados: el prólogo de San Juan, la kénosis de Filp 2, 6-11, el Bautismo en el Jordán y el testimonio de Jesús sobre sí mismo. Es muy oportuna esta selección; con ella se ofrece una panorámica cristológica bastante completa y, al mismo tiempo, se evita al lector que se pierda en una sobreabundancia de datos escriturísticos que le sea imposible reducir a síntesis.

A la exposición de la historia del dogma cristológico, que el A. realiza en forma solvente y clara, sigue el tratamiento propiamente especulativo de las cuestiones cristológicas. También aquí el A. hace una clara selección: Unión hipostática, comunicación de idiomas, teoría de los tres estados, conciencia humana de Cristo, libertad humana de Cristo, la gracia de Cristo. Están seleccionados los temas más importantes.

Parecido esquema encontramos en la soteriología. Tras una exposición de la fe de la Iglesia siguiendo los principales símbolos de la fe, Gironés presenta una panorámica de las enseñanzas soteriológicas de la Sagrada Escritura tomando como perspectiva la conocida frase del Símbolo: *secundum Scripturas*. Aquí no se limita a presentar cuatro pasajes fundamentales como en la primera parte, sino que realiza una marcha más detenida y compleja por los textos del Antiguo y Nuevo Testamento. La complejidad

de la marcha no es obstáculo, sin embargo, para el orden de la exposición y para la misma claridad de lenguaje, que facilita al lector no sólo su comprensión sino también la posibilidad de retenerlo en la memoria.

Sigue un desarrollo histórico de la tradición soteriológica desde las primeras afirmaciones patrísticas hasta la renovación contemporánea y las últimas tendencias actuales. La última parte de esta Sección está dedicada a la reflexión teológica sobre las verdades soteriológicas y sigue los siguientes pasos: la redención como iniciativa del Padre, la Encarnación como regalo y fruto, los misterios de la vida de Cristo, los ministerios del mediador, el complejo teológico de la Pasión y Muerte de Cristo, la Pascua celestial.

Así pues, el lector se encuentra ante un manual de Cristología, en el que los temas seleccionados, el orden en que se exponen y la misma elaboración de cada uno de ellos responden a muchos años de trabajo, y de experiencia docente, y a una lenta maduración no sólo en el pensamiento cristológico, sino en todo el ámbito de la teología. Así se nota, p. e., en la sencillez en que unos temas aparecen conectados con otros y en la coherencia que guardan unas afirmaciones con otras.

Es esta quizás una de las notas más destacables del libro: que nos encontramos ante un pensamiento unitario y coherente, en el que las cuestiones discutidas reciben una respuesta ponderada y, sin embargo, no ambigua. Se trata de respuestas que se dan conociendo las respuestas divergentes y, al mismo tiempo, aportando la propia con toda sencillez y advirtiendo las dificultades que comporta cada una de ellas.

En este rasgo aparece con especial fuerza el carácter de tratado que tiene esta *Cristología*. Quienes siguen sus publicaciones saben bien que, sintiéndose muy a gusto intelectualmente en la gran tradición teológica, el prof. Gironés ha propuesto con frecuencia soluciones muy personales a viejos problemas y no pocas veces ha encontrado para su pensamiento unas formulaciones elocuentes. Todo esto sigue presente en el presente tratado. Basten dos ejemplos tomados de dos cuestiones siempre atrayentes: la naturaleza de la kénosis y la visión beatífica de Cristo, que el A. sabe presentar relacionadas.

El estudio de la kénosis aparece por primera vez en las páginas 40-45, prosigue en las pp. 53-54 al hilo de la cita de Jn 10, 18, vuelve a aparecer en las pp. 91-100 dedicadas a la teoría de los tres estados, en las pp. 102-105 al tratar de la conciencia humana de Cristo, y en el vocabulario (p. 304). Fil 2, 5-11, opina Gironés siguiendo a Lamarche, tiene siempre como sujeto a Cristo —desde el *no estimó objeto de rapiña* hasta el *se anonadó* (pp.

40-41): «Se trata por tanto de una sucinta cristología dinámica, que refleja los estados de Cristo, implicados en un ser doble y superpuesto, reflejando además un contenido psicológico, la *obediencia* del alma de Cristo» (p. 45).

Por otra parte, dice más adelante fijándose en la rotunda unidad psicológica que muestra Cristo al referirse a Sí mismo, «digamos que a través de las supuestas palabras de Cristo habla un yo que siempre es idéntico a sí mismo y como tal se reconoce sin interrupción Hijo eterno del Padre y enviado por El a este mundo» (p. 54). «Por eso hemos insistido tanto —concluye— en la oscilación de esa humanidad de Cristo que, dependiendo infaliblemente de Dios, no se halla siempre a la misma distancia de lo divino» (Ibid). He aquí conectadas las dos cuestiones que, en realidad son tres: conciencia clara que tiene Cristo de su Yo, kénosis de Cristo que incluye también la kénosis de este conocimiento y lo que Gironés llama *kρίpsosis*, es decir, ocultamiento, eclipse de la gloria en el alma de Cristo. A eso se está refiriendo con la frase «oscilación de esa humanidad».

Veamos cómo aplica esta kénosis —este ocultamiento— a la conciencia humana de Cristo: «En virtud de la Unión Hipostática, el Yo del Verbo divino se da conscientemente a la conciencia humana de esa alma que él mismo crea y se apropia. Por ese mismo acto quedaría, pues, el alma trasladada para siempre a la Visión beatífica, como inmediato reclamo de llevar consigo el cuerpo, si no fuera porque en ese mismo instante, por mandato del Padre, impone el Verbo a tal alma el estado kenótico que en ella se acepta voluntariamente. Ciertamente que en el estado kenótico sigue siendo el Verbo el único sujeto personal de las acciones humanas de Cristo, y por tanto es también el último sujeto personal de las acciones humanas de Cristo, y por tanto es también el último o supremo sujeto psicológico, de tal forma que la conciencia humana tiene que reconocer invariable y perennemente tal dependencia de identidad. Pero la reconoce desde un nivel de conciencia *relajado* de su centro glorioso, en estado pasible, histórico, doloroso, capaz de aprender y de sufrir tentaciones (...), pero sin dejar nunca de tener una conciencia de identidad con el Verbo, conciencia fundamentalmente infalible como fuente suprema de revelación para nosotros» (pp. 101-102).

La *relajación* del nivel de conciencia, según el prof. Gironés, llega hasta el punto de poder hablar claramente de la fe de Jesús; se trata de una fe, sin embargo, que siempre es compatible con el hecho de que «el influjo psicológico de lo divino en lo humano, a pesar de todo, nunca desaparece, y ello asegura la identidad psicológica de Cristo» (p. 103). Es este, efectivamente, un dato claro en todo el Nuevo Testamento y, en especial, en los pasajes en que Jesús habla de Sí mismo: su Yo aparece siempre en perfecta identidad psicológica.

El prof. Gironés dedica un escolio a presentar el resumen y la crítica de algunos de libros recientes en torno al Yo de Cristo, a la conciencia de Cristo, e, indirectamente, a la visión beatífica, pues en ella se apoya muchas veces la afirmación de que Cristo tenía conciencia de su divinidad. Brilla aquí la capacidad de síntesis y la agudeza de la crítica. Especialmente lúcida nos parece su crítica a la posición de Galtier, que admite la Visión beatífica permanente, pero «como una gracia extrínsecamente añadida al ser de la naturaleza humana»: «Si el Verbo se comunica al ser del hombre —argumenta Gironés—, es inconcebible que tal comunicación quede extraña a la conciencia, que es la cumbre del misterio del ser humano» (p. 105). Efectivamente, eso sería extraño y, sobre todo, no parece coincidir con la psicología unitaria que muestra Jesús al referirse a Sí mismo.

El estado *kenótico* de Cristo —me atrevo a opinar, en cambio—, no incluye la carencia de ciencia de visión. Dos son las razones que me hacen inclinarme a esta posición: la seguridad con que Cristo habla de la intimidad de Dios, como quien *testimonia* lo que ha visto y no como quien procede por fe; el convencimiento de que el amor sigue al conocimiento y, por tanto —en sintonía con San Juan de la Cruz—, el convencimiento de que el supremo amor del hombre a Dios sólo puede darse *en y mediante* la visión intuitiva y facial. Esto sería así también en Cristo, el cual, por tanto, no habría llegado al supremo grado de amor al Padre más que en su glorificación. El A. es consciente de ello y, por tanto, admite también en Cristo un crecimiento en gracia: «En este sentido, por mantenerse distanciada la gloria divina de la psicología humana de Cristo, éste se pliega al mandato divino con una obediencia sucesiva, por la cual Jesucristo *merece* cada vez más y, por tanto, va creciendo en gracia igual como nosotros» (p. 121). Efectivamente, el prof. Gironés tiene presentes las mutuas implicaciones de unas cuestiones con otras.

L. F. MATEO-SECO

Francisco VARO, *Los Cantos del Siervo en la exégesis hispano-hebrea*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, Córdoba 1993, 334 pp., 16 x 24.

El título del libro corresponde bien a su contenido. Más en detalle, éste se ocupa de la exégesis de los llamados *Cantos del Siervo* —incluidos, como es sabido, en Isaías, caps. 42 á 53—, realizada por ocho comentaristas